

# El poder del perdón



Pues el perdón está en tus manos,  
en tu nombre he esperado; oh, Señor.

Pistis Sophia, cap. 45



Como decía un gran Maestro, el ser humano se pasa la vida en busca de redención. Siempre buscando recomponer la unidad psicológica que hace tiempo tuvimos, y que perdimos con la Caída edénica y el final de la inocencia.

Y todo el proceso de nuestro paso por la existencia está marcado por esa necesidad interior de llenar el vacío que deja la ausencia del Ser. Algunas veces hemos tratado de llenarlo a través de la satisfacción del deseo. En otros momentos hemos utilizado los valores de la personalidad para tratar de encontrar nuestro lugar en el mundo. En circunstancias muy especiales hemos podido caminar por el sendero interior de la Gran Obra para poder redimirnos del peor de los pecados: nuestra propia existencia como “yo”, separada de la dinámica universal del Ser interior. Tratando de ser sanados a través de la única medicina que cura esta enfermedad: el arrepentimiento y el perdón.

*Me arrepiento, y una y otra vez  
quebranto mi arrepentimiento  
porque la misericordia resplandece  
gracias a nuestros pecados.*

Gazali

¿Cuántos arrepentimientos son suficientes para lavar el pecado de nuestra propia existencia? En cierto modo, esa es la pregunta que hace Pedro a Jesús. Y él contesta: “Setenta veces siete”. Y es que el contraste entre el Cristo y la piedra sexual es infinito, hasta conseguir de ella un diamante puro y perfecto, que en todas sus caras refleje el rostro de Dios.

Es el perdón de Dios entonces la medicina absoluta, que cura todos los males. Y no hay perdón sin arrepentimiento. Y el perdón completo no es posible si previamente no disolvemos la causa de nuestras transgresiones, que no es otra que el yo psicológico.

En verdad que la felicidad está sobrevalorada. Todos los seres humanos la buscan, y por eso es que el mundo se ha convertido en este pozo de sufrimiento. Nunca puede ser la felicidad un objetivo, porque entonces el hombre hará cualquier cosa por obtenerla, y el resultado será la lucha y el conflicto. Qué distinto es cuando nuestro anhelo consiste en establecernos en la morada del arrepentimiento, un nivel del Ser tan elevado que pocos son los que saben vivir en él conscientemente. Así lo expresa la tradición:

*Tres son los signos del arrepentimiento:  
Hablar poco por el recuerdo del Ser.  
Comer poco por el ayuno.  
Dormir poco por la oración.*

En esencia, el arrepentimiento es el mismo don de Dios, que entrega a las almas que han sido llamadas a conocerle. Si Dios no nos da arrepentimiento, ¿de dónde lo podríamos sacar? Uno se arrepiente en el Ser de haberse olvidado del Ser. Como dice el profeta:

*Señor, me refugio de Tu cólera en Tu agrado,  
de Tu castigo en Tu perdón,  
de Ti en Ti.*

Como sabiamente dirá nuestro gurú Samael, el arrepentimiento surge del mismo contraste entre nuestro Ser y el Espacio Abstracto Absoluto, en donde Él contempla su propia imperfección. Y se transmite a través del árbol de la vida, hasta que finalmente llega a la esencia, que se contrasta con su propio Ser interior profundo. Y tiene un solo resultado posible: la incesante búsqueda de la redención a través del perdón.

El perdón es un don, un regalo, un presente que el Ser se hace a sí mismo a través de la esencia. Cierto es que el estado definitivo del perdón es el perdonarse a uno mismo, pues es sabido que nosotros podemos ser nuestros peores tiranos. Y es entonces, cuando llegamos a ese estado de tensión psicológica a través del trabajo interior, de la comprensión y auto revelación, y del consiguiente arrepentimiento, que podemos verdaderamente morir en nosotros mismos. Y de esa mística experiencia surge el verdadero perdón: el regalo que el Ser se hace a sí mismo y a todas sus partes: la paz interior y la felicidad extática, que fueron encontradas sin haber sido buscadas.

Hermoso es caminar por los senderos del arrepentimiento y el perdón. Y, una vez perdonado uno mismo, aprender a pedir perdón y a perdonar a todos los seres, que cargan igual que nosotros con el yo psicológico, que los desconecta de la fuente de la armonía y del amor.

Aunque el perdón definitivo no llegará hasta que la herida inicial no sea completamente sanada al culminar la Gran Obra. En cuanto al arrepentimiento, eso es otra historia: una historia que no tiene un final...

*Todo el que haya recibido los misterios del Inefable, será perdonado no sólo una vez cuando peque y se arrepienta, sino todas las veces que lo haga. Y si aún cuando esté con vida vuelve a violar los misterios y se arrepiente sinceramente e implora por cualquiera de sus misterios, también entonces será perdonado porque ha recibido el don de los misterios del Inefable además de que esos misterios son misericordiosos y siempre conceden el perdón.*

Pistis Sophia, cap. 119

Javier Casañ, Tolosa 27 de abril de 2016